

dirigía una pregunta, contestaba gravemente, con gran aplomo.

Llamándole la atención la «Querida» del Ticiano; cuya cabellera rubia amarillenta encontraba algo parecida á la suya propia, díjole el señor Madinier que aquel era el retrato de la bella Ferronniere, una de las queridas de Enrique IV, acerca de la cual se había presentado un drama en el «Ambigu».

Después, lanzóse la boda á la larga galería donde se encuentran las escuelas italiana y flamenca. Todavía cuadros, siempre cuadros, santos, hombres y mujeres con figuras que no acertaban á comprender, paisajes oscuros, animales que habían adquirido un matiz amarillento, una turbamulta de gente y de cosas cuya violenta aglomeración de colores comenzaba á ocasionarles un fuerte dolor de cabeza.

El señor Madinier ya no hablaba; conducía lentamente al cortejo, que le seguía en orden, con el cuello torcido y los ojos mirando en alto. Ante su ignorancia pasmada, desfilaban siglos enteros de arte, la delicada aridez de las escuelas primitivas, los esplendores venecianos y la vida exuberante y rica en luz de los holandeses. Pero lo que más les interesaba, era ver á los copistas con sus caballetes instalados en medio de la gente y pintando con la mayor «sans façon»; una señora vieja, subida sobre una gran escalera; paseando un pincel de estucar por el suave cielo de un inmenso lienzo, les sorprendió extraordinariamente.

En tanto habíase esparcido paulatinamente la noticia de que una boda estaba visitando el Louvre, los pintores acudían con la risa en los labios; sentábanse curiosos de antemano en los bancos, para asistir cómodamente al desfile, mientras que los guardas, morfiéndose los labios, procuraban reprimir algún chiste. Y la boda, fatigada ya, perdiendo su gravedad, arrastraba sus zapatos claveteados, taconeaba sobre el sonoro pavimento, con el patalear de un rebañó desbandado, soltado en mitad de la desnuda y silenciosa limpieza de aquellas salas.

El señor Madinier permanecía callado, preparando una sorpresa. Encaminóse en derechura á la «Chambre de Rubens». Y allí, sin despegar los labios, había

á enseñar el lienzo con una mirada significativa. Cuando las señoras se fijaron en el asunto, lanzaron leves gritos y después volvieron la cabeza, hechas una grana. Mas los hombres las retenían, bromeando y buscando los detalles obscenos.

—¡Mirad eso!—decía Boche;—eso sí que vale dinero. Allí hay uno que desembucha; y aquel otro está regando la hierba. ¿Y aquel de más allá? ¡oh! ¡aquell...! ¡vaya qué limpios son por acá!

—Vámonos—dijo el señor Madinier, encantado de su triunfo.—Ya no hay nada que ver por este lado.

La boda volvió sobre sus pasos y atravesó de nuevo el salón cuadrado y la galería de Apolo. La señora Lerat y la señorita Remanjou se quejaban, declarando que sus piernas ya no podían con ellas.

Pero el cartonero tenía empeño en enseñar á Lorient las joyas antiguas, las cuales se encontraban allí cerca, en el fondo de un saloncito, á donde era capaz de ir con los ojos vendados. Sin embargo, desorientóse extraviando á la boda á lo largo de siete ú ocho salas desiertas, frías, ornadas únicamente de armarios severos cerrados con cristales donde se alineaban en cantidad innumerable vasijas rotas y figurillas feísimas. Todos tiritaban de frío y se aburrían de lo lindo. Después, buscando una puerta, fueron á pasar á la sección de dibujos. Aquello fué una nueva excursión inmensa; los dibujos no tenían fin, los salones sucedíanse unos á otros, sin nada que les llamase la atención, con hojas de papel garrapateadas, colocadas en cuadros y colgadas de las paredes. El señor Madinier, perdida la brújula, y no queriendo confesar que se había extraviado, enfiló por una escalera y les hizo subir un piso. Actualmente la boda bogaba en pleno museo de marina, entre un sinnúmero de modelos de instrumentos y cañones, planos en relieve, y navíos como juguetes. Al cuarto de hora de marcha encontraron otra escalera; bajaron por ella y se hallaron de nuevo en la sección de dibujos. Entonces, desesperados, comenzaron á vagar al azar por los salones, siempre en fila, siguiendo al señor Madinier quien se enjugaba el sudor de la frente, fuera de sí, furioso contra la administración á la que acusaba de haber cambiado



de sitio las puertas. Los guardas y los visitantes, llenos de admiración, los miraban pasar, y en menos de veinte minutos vióseles de nuevo en el salón cuadrado, en la galería francesa, á lo largo de los armarios donde duermen los dioscecillos de Oriente. Diríase que estaban condenados á no poder salir nunca de allí. Molidas las piernas, presa del mayor desaliento, metían un barullo enorme, dejando rezagada en su marcha la panza de la señora Gaudron.

—¡Se va á cerrar! ¡se va á cerrar!—gritaron las potentes voces de los guardas.

Poco faltó para que se quedaran allí encerrados. Menester fué que un guardia se pusiera á la cabeza de la comitiva y los guiase hasta la puerta. Por fin, cuando después de recogidos sus paraguas en el guardarropa, se vieron en el patio del Louvre, exhalóse de todos los pechos un suspiro de satisfacción. El señor Madinier recobraba su serenidad; consistía su equivocación en no haberse dirigido á la izquierda; ahora recordaba perfectamente que en dicho lado estaban las joyas. Por lo demás, la comitiva fingía estar muy satisfecha de haber visto aquello.

Daban las cuatro. Aún faltaban dos horas para comer. Resolvieron dar una vuelta, á fin de matar el tiempo. Las señoras fatigadísimas, hubieran preferido sentarse; mas como ninguno invitaba á tomar algo, pusieron en marcha, siguiendo los muelles. Allí sobrevino un nuevo chaparrón, tan fuerte que, á pesar de los paraguas, quedaron empapados todos en un momento. La señora Lorilleux oprimido el corazón á cada gota que mojaba su vestido, propuso que se refugiaran bajo los arcos del Pont Royal, añadiendo, que si no la seguían, se iba sola. Y el cortejo se dirigió á los arcos; allí se estaba bien; ¡de veras podía calificarse aquella idea de excelente! Las señoras extendieron sus pañuelos en el suelo y se sentaron con las rodillas separadas, arrancando con ambas manos los tallos de hierba que nacía entre las piedras y viendo correr el agua sucia, como si se encontrasen en el campo; los hombres se entretenían en dar grandes voces para despertar el eco del arco; Boche y Bibi-la Grillade, uno tras otro, injuriaban al vacío, lanzándole á todo

pulmón: ¡Cochino! y reían á mandíbula batiente cuando el eco les devolvía el vocablo; después, roncós de tanto gritar, cogieron unos cantitos planos y se divertían haciéndolos rebotar sobre el agua. El chaparrón había cesado; pero se encontraban tan bien allí, que ya no pensaban en marcharse.

El Sena arrastraba capas de inmundicia, tapones viejos y desperdicios de legumbres, un montón de porquerías que un torbellino retenía un momento, en el agua inquieta, oscurecida por la sombra de la bóveda del arco; en tanto que, por encima del puente pasaba el rodar de los omnibus y de los coches, la baranda de París, del que sólo percibían los tejados á derecha y á izquierda, como desde el fondo de un pozo.

La señorita Remanjou suspiraba; si hubiese habido allí ramaje, aquello, decía, le hubiera recordado un rincón del Marne donde iba de paseo, por el año 1817, con un joven al cual lloraba todavía.

En tanto el señor Madinier dió la señal de partir. Atravesaron el jardín de las Tullerías, por enmedio de una población de niños cuyos aros y globillos descompusieron la ordenada marcha de las parejas. Llegados á la plaza de Vendome, pusieronse á contemplar la columna y el señor Madinier pensó hacer un obsequio á las señoras invitándolas á subir á ella para ver París desde su altura. Encontróse su oferta muy graciosa. Sí, sí, era preciso subir, pues que á más de procurarles un buen rato, no carecía la ascensión de interés para algunos de ellos que siempre habían pisado por donde las vacas andan.

—¿Si creerán que la Banban se arriesgará á meterse ahí con su birlo?—murmuraba la señora Lorilleux.

—Por mi parte, subiré con mucho gusto—decía la señora Lerat,—pero á condición de que no venga ningún hombre detrás de mí. Y la boda subió. En la angosta espiral de la escalera ascendían los doce en fila, tropezando con los desgastados peldaños y apoyándose contra las paredes.

Después, cuando la obscuridad se hizo completa, aquello fué un concierto de carcajadas. Las señoras lanzaban ligeros gritos, diciendo que los hombres les hacían cosquillas, y las pellizcaban las piernas. ¡Mas



eran muy necias en contarlo! en casos tales debe creerse que son los ratones los que hacen todo aquello. Por otra parte, la cosa no traía consecuencias, puesto que ellos sabían detenerse donde la honestidad lo exige. Ocurriósele á Boche un chiste que todo el cortejo repitió. Llamaban á la señora Gaudron, como si se hubiese quedado en mitad del camino, preguntándole si su panza podía pasar. ¡Figuraos! si se hubiera quedado atascada allí, sin poder subir ni bajar, habría obstruido el agujero, y no hubieran sabido nunca cómo salir de allí. Reíanse de aquella panza de embarazada con una jovialidad tan estrepitosa, que hacía retremblar la columna. En seguida, Boche, lanzado ya, declaró que uno se hacía viejo en aquel cañón de chimenea; ¡cómo! ¿que no debía acabar nunca aquello? ¿se dirigían tal vez hacia el cielo? y al mismo tiempo procuraba asustar á las señoras, diciendo que la columna se movía. En tanto Coupeau callaba; iba detrás de Gervasia, abrazando su talle, y sintiéndola abandonarse por grados. Y cuando de repente salieron á la luz se disponía precisamente á besarla en el cuello.

—¡Vaya! ¡qué poco decentes y comedidos sois!— dijo la señora Lorilleux con aire escandalizado.

Bibi-la Grillade fingió estar furioso, repitiendo entre dientes:

—¡Habéis hecho un ruido!... Ni siquiera he podido contar los escalones.

Entre tanto el señor Madinier, que se hallaba ya en la plataforma, enseñaba los monumentos. La señora Fauconnier y la señorita Remanjou no quisieron salir de la escalera; la idea sola de ver la calle desde tal altura les daba vértigo; limitábanse á aventurar alguna mirada por la puertecilla. La señora Lerat, más animosa, daba la vuelta á la estrecha azotea, apoyándose contra el bronce de la cúpula. Sin embargo, no dejaba de causar una gran emoción el pensar que hubiera bastado pasar una pierna para dar una espantosa voltereta. ¡Qué caída, gran Dios! los hombres, algo pálidos, miraban la plaza. Parecía que estaban suspendidos en el aire, aislados de todo; decididamente aquello daba frío á los intestinos. El señor Madinier les recomendaba que levantasen la vista y la dirigiesen ade-

lante y muy lejos, lo cual evitaba el vértigo. Y continuaba señalándoles con el dedo los Inválidos y el Panteón, Notre Dame, la torre Saint Jaques y el cerro de Montmartre. A la señora Lorilleux se le ocurrió preguntar si se percibía desde allí el bulevar de la Chapelle y la taberna donde iban á comer, el «Moulin d'argent». Entonces, durante diez minutos, estuvieron buscando y hasta disputando; cada uno veía la taberna en un punto diferente.

París, en torno de ellos, extendía su inmensidad gris; sus perspectivas azuladas, sus profundos valles, donde surgía un oleaje de tejados; toda la orilla derecha estaba en la sombra bajo el inmenso girón de una nube de color cobrizo, y de uno de los lados de ésta, franqueada de oro, deslizábase un amplio rayo de sol iluminando los millares de cristales de la orilla izquierda con un chisporroteo de estrellas y destacando en luz aquel lado de la villa sobre un cielo puro, lavado por la tempestad.

—No valía la pena de subir para acabar disputando— dijo Boche, furioso, volviendo á tomar la escalera.

La boda bajó, muda, mohina, sin más ruido que el de los zapatos al pisar los escalones. Al llegar abajo quiso el señor Madinier pagar. Mas opúsose Coupeau, anticipándose á entregar en mano del guarda veinticuatro sueldos, dos por cabeza. Eran cerca de las cinco y media; no quedaba más que el tiempo preciso para llegar. Emprendieron, pues, el camino por los bulevares y el arrabal Poissonniere. Sin embargo, Coupeau, opinando que el paseo no podía concluir de aquel modo, llevó la comitiva á una taberna y les ofreció un vermouth.

La comida estaba encargada para las seis. Ya hacía veinte minutos que esperaban á la boda en el «Moulin d'argent». La señora Boche, que había confiado la portería á una de sus inquilinas, estaba de conversación con mamá Coupeau, en el salón del primer piso; y frente á la mesa ya dispuesta; y los dos chicuelos, Claudio y Esteban, á quienes llevara consigo, jugaban correteando por debajo de la mesa, y á través de un completo desorden de sillas. Cuando Gervasia, al entrar, percibió á sus hijos, á los que no había visto



en todo el día, sentólos sobre sus rodillas, y les llenó de caricias y besos.

—¿Han sido buenos?—preguntó á la señora Boche. —A lo menos no os habrán hecho rabiarse mucho, ¿eh?

Y al referirle la señora Boche las graciosas ocurrencias de aquellos mocuelos, desde el medio día, volvió á cogerlos de nuevo, estrechándolos contra su pecho, en un arrebatado de ternura.

—Divertido será eso para Coupeau—decía la señora Lorilleux á los demás invitados, en el fondo del salón.

Gervasia conservaba la misma risueña tranquilidad de la mañana. Sin embargo, desde el paseo, poníase triste por momentos, mirando á su marido y á los Lorilleux con semblante pensativo y preocupado. Encontraba á Coupeau cobarde ante su hermana. El día anterior le había oído gritar y jurar que les metería en vereda, á esas lenguas de víbora, si le faltaban al respeto. Pero, en presencia de ellos, bien lo veía Gervasia, parecía un perro manso, acechando sus palabras, y haciéndose de miel cuando los creía enojados. Y esto sencillamente, inquietaba á la joven pensando en el porvenir.

En tanto esperaban á Mes-Bottes que aún no había comparecido.

—¡Eal! ¡qué demonche!—exclamó Coupeau, —sentémonos á la mesa. Al momento le veréis llegar, tiene una nariz de galgo, y huele de lejos las tajadas... ¡No estará poco divertido si todavía nos aguarda de plantón en el camino de Saint Denis!

Entonces, el cortejo, con gran algazara, sentóse á la mesa, al compás del ruidoso mover de las sillas. Gervasia estaba entre Lorilleux y el señor Madinier, y Coupeau entre las señoras Fauconnier y Lorilleux.

Los demás convidados se instalaron á su gusto, porque sabido es que cuando se designan oficialmente los puestos, acábase, comunmente disputando. Boche se deslizó junto á la señora Lerat. Bibi-la Grillade tuvo por vecinas á la señorita Remanjou y á la señora Gaudron. En cuanto á la señora Boche y á mamá Coupeau, sentadas en un extremo, encargáronse de los

niños, de pedirles la comida, y de darles de beber, pero, sobre todo poco vino.

—¿No hay quien diga el «Benedicite?»—preguntó Boche, mientras que las señoras remangaban sus vestidos bajo las servilletas, para no mancharse.

La señora Lorilleux no gustaba de aquellas bromas. Y la sopa de fideos, casi fría, fué despachada en un momento, al son de chupetear las cucharadas. Dos mozos servían á la mesa, vestidos con grasientas chaquetas y delantales de dudosa blancura. Por las cuatro ventanas abiertas y á través de las acacias del patio, penetraba la claridad del ocaso de un día de tempestad, despejado y cálido todavía. El reflejo de los árboles en aquel húmedo rincón, daba un colorido verdoso á la ahumada sala, haciendo danzar la silueta de las hojas por encima del mantel, impregnado de un ligero olor de moho. Había dos espejos, llenos de cagadas de mosca, uno en cada extremo, los cuales reflejaban hasta lo infinito la mesa cubierta con la vajilla común amarillenta, donde la suciedad de las aguas del fregadero hallábase incrustada en negros surcos, procedentes del roce de los cuchillos. Desde el fondo, cada vez que un mozo subía de la cocina, la puerta, al abrirse, insuflaba un fuerte olor de bodrio.

—No hablemos todos á la vez—dijo Boche viendo que todos se callaban inclinándose con las narices sobre el plato.

Y bebían el primer vaso de vino, siguiendo con la vista dos pasteles de ternera que los mozos acababan de servir, cuando apareció Mes-Bottes.

—¡Hola! ¡valientes bribones sois!—gritó.—Tres horas he estado gastando mis zapatos en la carretera de Saint-Denis, hasta el punto de que un gendarme me ha pedido la cédula... ¡Hacer tales cochinas á un amigo! por lo menos debíais mandarme un coche con un recadero. ¡Qué no! Bromitas á un lado, os declaro que la cosa pasa de chanza... Y entre tanto la lluvia era tan fuerte, que hasta se me han llenado de agua los bolsillos... De seguro que podrían encontrarse en ellos sardinas.

Todos los presentes reían hasta descoyuntarse. Ese animal de Mes-Bottes estaba chispo; lo menos tenía



ya en su cuerpo un par de litros, tomados con la sana intención de neutralizar todo aquel jarabe de ranas que la tempestad había escupido sobre sus remos.

—¡Ea! ¡conde de Gigot Fin!—dijo Coupeau,—ve á sentarte allá abajo, al lado de la señora Gaudron! Ya ves que se te esperaba.

¡Oh! aquel incidente no le preocupaba; pronto alcanzaría á los demás; repitió tres veces la sopa, enormes platos de fideos, en los que remojaba gigantescas rebanadas de pan. Después, cuando se decentaron los pasteles, atrájose la admiración de los convidados todos. ¡Cómo engullía! Los mozos, asustados, hacían la cadena para pasarle el pan, que cortado en delgadas rebanadas, se tragaba de un bocado. Acabó por incomodarse; quería tener á su lado un pan entero. El tabernero, algo inquieto, apareció por un momento en el salón. Los concurrentes, que preveían su presencia, volvieron á soltar la rienda á la más franca hilaridad. ¡Aquello sí que le desbarataba su cuenta al bodeguero! ¡En verdad que el tal Mes-Bottes era un demonio! Un día se había comido doce huevos duros, y se había bebido doce vasos de vino al tiempo que sonaban las doce campanadas de medio día. No había muchos que fuesen capaces de igualarle. Y la señorita Remanjou, enternecida, contemplaba el masticar de Mes-Bottes, en tanto que el señor Madinier, buscando una frase para expresar su casi respetuoso asombro, declaró que aquella capacidad era extraordinaria.

Hubo un momento de silencio. Acababa de servir un mozo un guiso de conejo, en una ancha fuente, hueca como una ensaladera. Coupeau, bromista ya por sí, exclamó:

—Di, muchacho: ¿es de tejido ese conejo?... Todavía mañlla.

En efecto, un ligero maullido, perfectamente imitado, parecía salir del plato. Era Coupeau que producía aquel ruido con la garganta, sin mover los labios; gracia especial que poseía, de éxito seguro, y en virtud de la cual, jamás comía fuera de su casa sin encargarse que sirviesen aquel guisado. Las señoras se tapaban la cara con sus servilletas, porque reían demasiado.

La señora Fauconnier pidió la cabeza; no le gustaba nada más que la cabeza. La señorita Remanjou se moría por las mantecas. Y al decir Boche, que por su parte prefería las cebolletas cuando estaban en sazón, mordióse los labios la señora Lerat murmurando:

—Ya adivino por qué lo dice.

La señora Lerat estaba seca como un espárrago, hacía la vida de obrera enclaustrada, no había visto la nariz de un hombre en su casa, desde que enviudó, y sin embargo, mostraba una preocupación continua por la obscenidad, una manía de palabras de doble sentido y de alusiones picarescas, pero tan embozadas, que ella sola las entendía. Boche, inclinándose, le suplicó que le diese al oído una explicación de sus palabras, á la cual repuso ella:

—Sin duda, las cebolletas... Me parece que ya basta...

Pero la conversación tomaba un giro formal. Cada cual hablaba de su oficio. El señor Madinier exaltaba á los cartoneros; había entre ellos verdaderos artistas, y citó algunas cajas de aguinaldos, cuyos modelos conocía, y aseguró que eran maravillas de lujo. A esto reía Lorilleux; cifraba gran vanidad en trabajar el oro, del cual creía ver los reflejos en sus manos y en su persona toda. Por último, decía que los joyeros, antaño, llevaban espada, y al efecto, citaba, sin saber por qué, á Bernardo Palissy. Coupeau, por su parte, describía una veleta, obra maestra hecha por uno de sus camaradas; componíase de una columna, de un haz, de un cesto de frutas y de una bandera, y todo ello, perfectamente imitado con sólo pedazos de zinc cortados y soldados. La señora Lerat explicaba á Bibilla Grillade, de qué manera se hacía un rabo de rosa, haciendo girar el mango de su cuchillo entre sus nudosos dedos.

Y en tanto las voces aumentaban, se cruzaban, surgiendo á veces de aquel ruido, la de la señora Fauconnier quejándose de una de sus obreras, una mocosa de aprendiz que el día anterior le había quemado unas sábanas.

—Por más que digáis—gritó Lorilleux pegando un puñetazo en la mesa,—el oro siempre es oro.



Y en medio del silencio causado por tan palmaria verdad, oíase sólo la atiplada voz de la señorita Remanjou, diciendo:

—Entonces, les remango la falda y las coso por dentro... Les clavo un alfiler en la cabeza para sujetarles la cofia... y concluido esto, se venden por trece sueldos.

Explicaba sus muñecas á Mes-Bottes, cuyas mandíbulas, lentamente, trabajaban cual ruedas de molino. Este no le escuchaba; movía la cabeza y vigilaba á los mozos para no dejar que se llevaran los platos sin haberlos él rebañado previamente. Habiendo comido ya un fricandó en salsa y judías verdes, sirvióse el asado: dos pollos flacos, yacientes sobre un lecho de berros, mustios y resecaos por el horno.

Por la parte exterior de la sala, el sol moría sobre las elevadas ramas de las acacias. En el interior, el reflejo verdoso se espesaba gracias á la pesada atmósfera desprendida de la mesa, manchada de vino y atestada por la desordenada aglomeración de los cubiertos. Y, á lo largo de la pared, los platos sucios y las botellas vacías, hacinadas allí por los mozos, parecían las sobras barridas y vaciadas del mantel. Hacía mucho calor. Los hombres se quitaron las levitas y continuaron comiendo en mangas de camisa.

—Señora Boche, os ruego que no les hartéis demasiado—dijo Gervasia, que hablaba poco, vigilando desde lejos á Claudio y á Esteban.

Y se levantó, yéndose á echar una ojeada, de pie, detrás de las sillas de los chicuelos. Los niños eran capaces de estar comiendo un día entero y sin rehusar un bocado. Ella misma les sirvió por su mano un poco de pechuga. Pero mamá Coupeau dijo que bien podía, por una vez, permitírseles tomar una indigestión. La señora Boche, en voz baja, regañó á su marido, porque pellizcaba las rodillas de la señora Lerat. ¡Oh! el tal Boche era un matalas-callando; empinaba demasiado, su mujer había visto cómo desaparecía su mano por debajo la mesa. Si volvía á hacerlo ¡gran Dios! era capaz de estrellarle una botella en la cabeza.

En el silencio, el señor Madinier hablaba de política:

—Su ley del 13 de mayo, es abominable... Actualmente son precisos dos años de domicilio fijo. Tres millones de ciudadanos han sido excluidos de las listas electorales... Me han dicho que Bonaparte está en el fondo muy disgustado, porque ama al pueblo, y de ello tiene dadas pruebas.

El era republicano; pero admiraba al príncipe, recordando á su tío; un hombre como aquel no se volvería á ver. Bibi-la Grillade se enfadó; había trabajado en el Eliseo y había visto al tal Bonaparte en frente de él, como veía en aquel momento á Mes-Bottes; ¡pues bien! ese hocico de presidente le parecía un rocín. Decían que iba á dar una vuelta hacia la parte de Lyon; valiente fortuna sería que se descalabrara en un barranco. Y como la discusión tomaba un carácter inconveniente, hubo de intervenir Coupeau:

—¡No sois poco inocentes ocupándoos de política! ¡vaya una farsa, la política! ¿existe eso para nosotros? Que pongan lo que quieran, un rey, un emperador, cualquier cosa; eso no me impedirá ganar mis cinco francos, comer y dormir ¿verdad?... ¡Cosa más necia!

Lorilleux movía la cabeza; había nacido el mismo día que el conde de Chambord, el 29 de septiembre de 1820. Esta coincidencia le preocupaba mucho, haciéndole acariciar un vago ensueño, en el que establecía una conexión entre la vuelta á Francia de aquel rey y su fortuna personal. No decía precisamente lo que esperaba; mas daba á entender que en tal caso algo de extraordinariamente agradable había de sucederle. Así, pues, cuando sentía algún deseo demasiado difícil de realizar, lo aplazaba para más tarde «cuando volviese el rey.»

—Además—dijo,—una tarde vi al conde de Chambord...

Todas las miradas se dirigieron hacia él. Perfectamente. Un hombre grueso... con gabán... muy buen sujeto al parecer. Hallábame yo en casa de Pequignot, un amigo que vende muebles en la Grande-Rue de la Chapelle... El conde de Chambord había



dejado olvidado allí el día antes un paraguas, y entró, diciendo con la mayor sencillez:

—«¿Tendréis la bondad de darme mi paraguas?»

¡Dios mío! sí, era él, el mismo; Pequignot me lo aseguró bajo palabra de honor.

Ninguno de los convidados manifestó la más ligera duda. Estaban ya en los postres. Los mozos desocupaban la mesa con gran ruido de vajilla. Y la señora Lorilleux, que hasta entonces había estado muy comedida, soltó un: ¡qué gorrino! porque uno de los mozos, al retirar un plato, le había vertido algo líquido en el cuello. De seguro, estaba manchado el vestido de seda. El señor Madinier hubo de mirarle la espalda; mas no había nada, se lo juraba. En tanto, en mitad del mantel, exhibíase una fuente ensaladera de huevos moles, flanqueados por dos platos de queso; y otros dos de frutas. Los huevos, demasiado cocidas sus claras, nadaban sobre la amarilla crema, excitando el asombro general; no esperaban aquello, y lo consideraron delicadísimo. Mes-Bottes no cesaba de tragar. Había pedido otro pan entero. Concluyó con las dos clases de queso; y viendo que aún quedaba crema, pidió la fuente, y empezó á echar en el fondo grandes rebanadas de pan, como si estuviera haciendo sopas.

—Verdaderamente es muy notable el señor—dijo el señor Madinier presa de nueva admiración.

Levantáronse los hombres para ir á tomar sus pipas, y se agruparon un momento detrás de Mes-Bottes dándole palmadas en los hombros y preguntándole si iba encontrándose mejor. Bibi-la Grillade le levantó con su silla, ¡rayo de Dios! el animal pesaba doble que antes. Coupeau, decía, bromeando, que su camarada se preparaba á comer, y que ahora empezaría á engullir pan toda la noche. Azorados los mozos, desaparecieron. Boche, que hacía un instante había bajado; volvió á subir describiendo la cara que ponía el tabernero allí abajo; que estaba pálido detrás de su mostrador, y que su mujer consternada acababa de enviar á ver si las panaderías estaban abiertas; hasta el gato de la casa tenía aspecto desconsolado. En verdad, aquello era chistosísimo y valía el dinero de la

comida; no era posible festín alguno sin ese trágalo todo de Mes-Bottes. Y los hombres, encendidas sus pipas, contemplábanle con envidiosas miradas, porque, en fin, para comer de aquel modo, es preciso estar muy bien organizado.

—No quisiera tener el encargo de alimentaros—dijo la señora Gaudron;—no tal, ¡Dios me libre!

—Vaya, comadrecita, no hay que mofarse de la gente—respondió Mes-Bottes dirigiendo una mirada oblicua á la panza de su vecina. Paréceme que debéis haber tragado algo más que yo.

Aplaudieron todos, dándoles bravos; bien repicada había estado la broma. Era ya noche completa; tres mecheros de gas brillaban en la sala, esparciendo grandes claridades turbias, á través de la humareda de las pipas. Los mozos, después de haber servido el café y el coñac, acababan de retirar la última mano de platos sucios. En el patio, bajo las tres acacias, comenzaba el baile, al son de un cornetín y de dos violines que producían un gran estrépito, mezclado con risas de mujer algo roncas, en la sofocante noche.

—¡Hay que hacer un «botafuego!»—exclama Mes Bottes;—dos litros de «rasca pechos» (1), ¡mucho limón y poco azúcar!

Mas Coupeau, observando la inquietud pintada en el rostro de Gervasia, levantóse declarando que no se bebería nada más. Habíanse despachado veinticinco litros, á litro y medio por cabeza, contando á los niños como personas mayores, y ya era aquello muy bastante. Acababan de comer un bocado juntos, como buenos amigos y sin pretensiones, porque se estimaban unos á otros y deseaban celebrar tranquilamente una fiesta de familia. Todo había marchado bien hasta entonces, estaban alegres, y no era del caso actualmente emborracharse como unas bestias, si se quería guardar respeto á las señoras. En una palabra, y como final, habíanse reunido para echar un brindis á la salud de los cónyuges, y no para alumbrarse. Este discursillo, espetado con acento de convicción por el plomero, que se llevaba la mano al pecho al final de cada frase, obtuvo la calurosa aprobación de Lorilleux

(1) Aguardiente.



y del señor Madinier. Pero los otros, Boche, Gaudron, Bibi-la Grillade y sobre todo Mes-Bottes, bastante achispados ya, mofáronse, y con lengua trabada decían que tenían una sed de mil diablos y que era preciso calmarla con algo.

—Los que tienen sed, tienen sed, y los que no, no la tienen—observó Mes-Bottes.—De consiguiente, vamos á encargár el botafuego... A nadie se obliga aquí; los aristócratas pueden pedir agua azucarada.

Y como el plomero comenzaba de nuevo su sermón, el otro, que se había puesto en pie, se dió una palmada en la nalga, exclamando:

—¡Mira, bésame aquí... ¿Eh? ¡mozo! ¡dos litros del añejo!

Entonces Coupeau dijo que no se oponía; mas que para evitar disputas ulteriores se ajustaría la cuenta inmediatamente. Las personas bien educadas no tenían necesidad de pagar por los borrachos. Y justamente Mes-Bottes, después de registrar largo rato sus bolsillos, no encontró más que tres francos y siete sueldos. ¿Por qué le habían hecho estar de plantón en la llanura de Saint-Denis? No había de dejarse inundar, y para evitarlo, descabalara la moneda de cien sueldos. No era, pues, suya la culpa. Por último, dió tres francos, reservándose los siete sueldos para el tabaco del día siguiente. Coupeau, furioso, de seguro le pega, á no tirarle de la levita Gervasia azorada, suplicante. Decidióse á pedir dos francos más á Lorilleux, quien, después de negarse, acabó por prestárselos ocultándose de su mujer, la cual, ciertamente, no lo hubiese consentido.

Entre tanto, el señor Madinier había cogido un plato en el que las señoras Lerat y Fauconnier y la señorita Remanjou, depositaron, las primeras y discretamente, su moneda de cien sueldos. En seguida, los sus cuentas. Eran quince; sumaban, pues, setenta y cinco francos. Cuando se hubo reunido esta cantidad en el plato, cada hombre añadió cinco sueldos de propina para los mozos. Un cuarto de hora de laboriosos cálculos fué menester para ajustarlo todo á completa satisfacción.

Pero cuando el señor Madinier, que quería enten-

derse con el tabernero, le hubo entregado la suma recaudada, quedaron todos estupefactos al oírle decir, sonriendo, que aquello ascendía á más, pues que había suplementos. Y siendo acogida la palabra «suplementos» con exclamaciones furibundas, dió su detalle: veinticinco litros en lugar de veinte, número convenido de antemano: los huevos moles que había añadido viendo la escasez de los postres; y finalmente, una botella de ron, servida junto con el café, de la cual, algunos habían bebido lo que quisieron. Trabóse entonces una formidable querrela. Coupeau, llamado á dar explicaciones, negaba el dicho del tabernero: él nunca hablara de veinte litros; en cuanto á los huevos moles, formaban parte de los postres, tanto peor si el patrón los había añadido por su sólo gusto; quedaba la botella de ron, una aña gaza, una manera de aumentar la cuenta poniendo sobre la mesa licores que nadie había pedido.

—Estaba en la bandeja del café... ¡Dejadnos en paz! Llevaos vuestro dinero, y que nos parta un rayo si volvemos á poner los pies en vuestra barraca!

—Faltan seis francos—repetía el tabernero.—Dadme mis seis francos... ¡y tened en cuenta que no reclamo los tres panes de ese señor!

Todos, agrupados junto á él le rodeaban con una rabia de gestos y un gáñido de voces que la cólera sofocaba. Las mujeres, sobre todo, abandonando su reserva, negábanse á añadir ni siquiera un céntimo. ¡Gracioso estaba aquello! ¡vaya una linda boda! La señorita Remanjou juraba que no volverían á atraparla en otra comida semejante. La señora Fauconnier había comido muy mal; en su casa, y por cuarenta sueldos, hubiera tenido un plato para chuparse los dedos. La señora Gaudron quejábanse amargamente de que la hubiesen colocado en el peor sitio de la mesa al lado de Mes-Bottes que no guardó con ella atención ninguna. Finalmente, esas partidas acababan siempre mal. Cuando se quería que hubiese gente en una boda, se convidaba á las personas; ¡pardiez! Y Gervasia, refugiada junto á mamá Coupeau, cerca de una de las ventanas, nada decía, avergonzada, comprendiendo que todas aquellas recriminaciones se dirigían contra ella.